

carácter caballeresco, por sus inclinaciones de trovador, por su novelesca fantasía poblada de combates, empresas y torneos, San Francisco es el hombre de la Edad Media: por su fe profunda, su ilimitada esperanza, su ardiente caridad, San Francisco pertenece a cualquiera de los siglos cristianos. Viva imagen de Jesucristo, es su leyenda la más milagrosa de la Edad Media: no todos los milagros que en ella se narran han sido reconocidos auténticamente por la Iglesia; pero en todos ellos, como en los del Salvador divino, hay tal efusión de amor y poesía, que no es lícito al historiador despojar al prodigioso Santo de un sólo rayo del áureo nimbo que cerca su frente. Mal pudieran hacerlo plumas católicas, cuando los escritores racionalistas no han sabido pintar a San Francisco sino como le vió la fe de su época; trucidados pies y manos por sus milagrosos estigmas, manándole de la llaga del costado un río de sangre, crucificado en vida, semejante a Cristo cuando fué descolgado del árbol de la Cruz. Si hay quien piense que es posible describir de otro modo al Serafín humano, inténtelo en hora buena; el arte, el sentimiento, la tradición y la historia se alzarán a desmentirle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.

## SAN FRANCISCO DE ASÍS

### CAPÍTULO I

#### PRIMEROS AÑOS

La naturaleza en Italia.—El pueblo natal de San Francisco.—Familia.—Nacimiento.—Educación.—Mocedades. Rostro y talle de San Francisco.—Planes de vida militar.—Nuevos caminos.—La soledad.—Primera prueba.

.....  
Nueva criatura ha nacido en Cristo:  
el hombre viejo se renovó . . . . .

(*Amor de caridad, poesía atribuida a San Francisco.*)

Tiene el paisaje en Italia dos maneras muy distintas de ser bello. Cop sólo mirar el mapa de la Península latina, se advierte notable diferencia entre el contorno caprichoso, ondulante y accidentado de la costa que baña el Tirreno, y la línea severa de los márgenes del Adriático. A la parte del Tirreno están Génova, cantada por el Taso, con sus azoteas de mármol blanco y su bullicioso puerto; la cosmopolita Liorna; Roma y sus esplendores arquitectónicos; Nápoles y la torneada valva de su orilla. Allí esmal-



tan la campiña las *villas* de recreo, guardando en sus columnatas, en sus vasos de pórvido, en sus estatuas protegidas por la deleitosa sombra de amenos bosquecillos, el recuerdo del sibaritismo romano. Allí los volcanes, cuya lava abrasa primero y fertiliza después; allí las grutas sombrías, las pendientes abruptas que tapiza el viñedo de follaje purpúreo, el limonero de embriagador perfume, el granado de encendidas flores; allí los golfos surcados de lanchas de pesca, las playas festoneadas de conchas de mil colores, los cabos que se hundan en el mar, las noches tibias, los abrasados ocasos, la luz del firmamento, el matiz de zafiro de las cerúleas olas. Del lado del Adriático se tienden las melancólicas lagunas de Venecia; Ferrara y el brumoso Po; Ravena, refugio de exarcas griegos y de reyes godos, con su monótona y desolada planicie. Ni un golfo redondea su seno sobre el perfil de la ribera, que en vez de hacer frente a las pintorescas islas de Cerdeña y Córcega, tiene por eterno centinela las regiones salvajes de Dalmacia y de Iliria. Y si descendiendo de la nevada cima de los Apeninos penetramos en el país de Umbría, de los Apeninos penetramos en el país de Umbría, hállase una zona de verdura y de vegetación, pero marcada con cierto sello de austeridad, que pudiéramos llamar pudor de la naturaleza. Faltan los álces, los mirtos y rosas de las aldehuelas napolitanas: álzase el castaño, de lozano ramaje y vigoroso tronco, el moral fresco, el olivo santificado en su jugo, el ciprés esbelto, cuya forma ojival convida a la plegaria; el olmo gallardo ceñido por las verdes ligaduras de la vid; los frutales, amables al hombre, junto a los grandes árboles de floresta, amigos de la soledad. De Narni a Terni, presunta patria de Tácito, la vista es cada vez más atractiva; la cascada del Velino, maravilla artificial que creó el genio romano, cae en hondonada vestida de naranjales; más adelante reposa el lago de Pie de Luco, con sus linfas dormidas cubier-

tas de un tapiz de flores acuáticas. Las montañas de la Somma se yerguen majestuosas, y el valle de Esopo se despliega feraz a sus pies, regado por el arroyuelo del clásico Clitumno. Bajo su firmamento apacible y despejado, de tonos suaves y celestes, colgada de alto monte, henchida de ruinas romanas, cercada por fuertes muros, se encuentra Asís.

Como otras muchas villas de Italia, era Asís, al terminar el siglo XII, un pueblo precozmente emancipado del feudalismo, dueño de organización municipal y floreciente industria. Extenso y activo comercio, dificultado a veces por las escaramuzas civiles cotidianas a la sazón, sustentaba en Asís la prosperidad de una ciudadanía poderosa e inteligente. Exportábanse con provecho los frutos de aquella campiña, rica en cereales, no sin motivo llamada el jardín de Italia. No se consideraba vil la profesión de mercader; los que la ejercían formaban una oligarquía fuerte. De las familias más acaudaladas e influyentes en semejante oligarquía era la de los Moricos o Moriconi (1), que tenían por blasón tres ánades de plata bogando en un río. Al jefe de la casa, Pedro Morico, llamado, de apodo, *Bernardone*, le conocía todo Asís por hombre opulento, incansable en agenciar, que se pasaba la vida yendo y volviendo a Francia a saldar sus géneros y ensanchando la esfera de su negocio. De su esposa, Pica de Bourlemont, dama de ilustre abolengo francés, sólo había trascendido al público mansa fragancia de domésticas virtudes.

Reinaba durante el año 1181 (2) en toda Umbría presentimiento o expectación de algún suceso extraordinario. La fantasía del pueblo se hallaba excitada con el espectáculo de fenómenos que en la Edad Media, como en la antigüedad pagana, se tuvieron por anuncio de trastornos y mutaciones en la faz del orbe: largos eclipses, hondos terremotos, desencadenadas tempestades, nubes de fuego, los volcanes vo-



mitando ríos de encendida lava, los campos cubiertos de ese polvillo de corpúsculos rojizos que remeda lluvia de gotas de sangre. En Asís se apareció un hombre medio simple, de costumbres puras, cuya única ocupación fué recorrer las calles gritando incesantemente: ¡Paz y bien! Creció la ansiedad de los comarcanos viendo, por espacio de varias noches, que el valle de Espoleto y las crestas de las montañas circunvecinas se teñían en misterioso fulgor, en claridades plácidas como la de la aurora. Por fin, durante una velada más serena y magnífica que las anteriores, en que los astros centelleaban amorosamente sobre el cielo, se escucharon hacia una antigua ermita semiderruida, llamada de Nuestra Señora de los Angeles, conciertos de acordadas voces, músicas no humanas, armonías dulcísimas, himnos de gozo, que hasta el amanecer siguieron resonando. Mientras escuchaban los labradores, en el hogar del opulento Pedro Bernardone andaba la gente angustiada y confusa: había llegado para la dueña de la casa la hora terrible de la maternidad, y el parto era trabajoso y lento. En los instantes de mayor congoja entró por las puertas de la casa incógnito peregrino, que imponiéndose a la turbada familia, sacó a la parturienta de su lecho, y la trasladó a un establo próximo en que, atados un asnillo y un buey, comían en viejo pesebre su ración de paja. No bien pasó la afligida mujer el umbral del establo, se abrieron sus entrañas y vió la luz del día Juan Moriconi, llamado después San Francisco de Asís (3).

Al ser llevado el infante a la pila bautismal, presentóse otro peregrino tan desconocido como el primero, reclamando el favor de apadrinar a la criatura. Los peregrinos eran reverenciados en los siglos de fe: se les suponía ligados por solemne voto de purificarse con la expiación. Los parientes colocaron al recién nacido en brazos del forastero, que, terminada

la ceremonia, desapareció sin saberse por dónde, dejando impresa en las gradas del altar la señal de sus rodillas (4). Fué voluntad de la madre que el niño recibiese el nombre de Juan (5). Pocos días después de su nacimiento, hallándose la criatura en el regazo de su nodriza, asomó el tercer peregrino, no menos mozo, galán y afable que los dos anteriores, y tomando en sus manos al pequeñuelo, le acarició, haciéndole la señal de la cruz sobre el hombro: señal que quedó marcada para siempre, indeleble y encendida como brasa.

La niñez y educación de Francisco se pueden colegir más por racionales deducciones que por noticias minuciosas. Si la tradición conserva las poéticas particularidades del glorioso alumbramiento de Pica; si la crónica archiva los hechos del Patriarca de Asís desde que comienza su figura a resplandecer sobre el siglo XIII, en cambio los primeros años de Francisco se deslizan cual las horas de la simiente puesta bajo la tierra y que no ha germinado aún. En una ciudad como Asís, más dada al tráfico que al cultivo de las letras, se deja entender que no recibiría Francisco aquella instrucción vasta y profunda que su lozano entendimiento y clarísimas facultades reclamarían en Siena o Bolonia. Tan inexacto fuera considerar a Francisco un sabio, como calificarle de ignorante e inculto. Si espíritus tan extraordinarios como el suyo pudiesen sujetarse a medida, diríamos que, con una educación literaria fundamental, sería Francisco quizás asombro de su siglo en las letras humanas, dada la fuerza de su sensibilidad estética; mas para el fin a que le destinaba la Providencia, le bastó la tintura de conocimientos que en Italia no faltaba a ningún hombre medianamente acomodado.

Bien quisiera la madre adornar con los primores de educación esmeradísima aquella fantasía juvenil que estaba viendo asomar, aquel corazón ardiente



y generoso cuyos impulsos cada día observaba: para lograrlo puso a su hijo en pupilage de unos clérigos dedicados a la enseñanza, que le diesen nociones de literatura. Mas el padre proyectaba hacer de Francisco un socio hábil y diligente, gestor de sus caudales; no le quería letrado, ni clérigo, ni siquiera soldado de alguno de los famosos capitanes que en aquellos tiempos aturdían con el rumor de sus proezas los oídos del vulgo: deseábale aplicado a mantener el crédito de su lonja mediante la economía y la asiduidad al trabajo. En el hogar de Francisco se iniciaba ya la discordia de pareceres que estalló más tarde. Mientras Pica, en su noble ambición de madre, anhelaba enviar a su hijo a las escuelas donde se formaba a la sazón la juventud, Pedro Bernardone, ejerciendo su autoridad de cabeza de familia, le iniciaba en los misterios del tráfico, llevándole consigo a las excursiones por Francia. Entre el influjo paterno y materno, vino a encontrarse Francisco con lo que hoy se llamaría barniz de ilustración. De sus maestros, los eclesiásticos de San Jorge, aprendió el latín, estudiando los sagrados libros; salió consumadísimo pendolista, haciendo gallarda letra con ortografía excelente (6); y en los viajes que realizaba con su padre, ensanchó el círculo de sus conocimientos y se desarrolló sin duda alguna su afición a la música y a la gaya ciencia (7) no desmentida hasta la última hora de su existir. La facilidad y soltura con que comenzó a servirse de las lenguas francesas de *oil* y de *oc* (8) fué causa de que o su familia o sus amigos y conocidos, le diesen el sobrenombre de *Francesco*, apodo inmortal que conservó siempre (9).

Con mostrar el jovencillo Francisco agudeza y buen arte para los negocios, distaba mucho de encerrar sus aspiraciones entre un libro de caja y un fardo de mercancías. Mientras iba adiestrándose con su padre, bullíale la mente en sueños, el corazón en sen-

timientos, la voluntad en deseos indefinibles. Presa de insaciable afán, ya ponía el oído al eco de los clarines, fantaseando marchas, gloriosos combates, nubes de polvo, desplegadas banderas, gritos de triunfo y marciales músicas; ya se deleitaba y embebecía con las canciones eróticas y quejumbrosas de los trovadores de Provenza, que entonaba en voz apasionada y vibrante; ya, ansiando aliviar la opresión de su pecho, buscaba con instinto de poeta los lugares más romancescos y sombrosos de las cercanías de Asís, y sumido en interminables contemplaciones recorría los senderos tapizados de césped, seguía el curso de los riachuelos que le enviaban el sonoro cántico de sus ondas, se sentaba al pie de las ruinas romanas. Y la naturaleza sosegada y pensativa le decía con sus mil murmullos algo, algo, las primeras letras de misterioso alfabeto, que en vano se consumía por descifrar. A veces le infundía regocijo ver cautivas en las mallas de seda de las redes inocentes avecillas; pero disipado al punto el placer cruel del cazador, solía darles libertad suspirando. Eran las fluctuaciones inquietas del espíritu cuando busca en lo finito el perfecto goce y contentamiento que a dar no alcanza. Parece que, en miraje seductor, se divisan allá muy lejanas dichas embriagadoras que, tocadas, son aire. Finge la ilusión encantados palacios donde la realidad descubre arideces. Mas el hervor de su briosa mocedad fermentaba en Francisco. Sintiendo en su alma gérmenes de grandes resoluciones, firmemente se creía llamado a desempeñar papel importantísimo en la escena del mundo, ya por la espada, ya por el poder; imaginaba que el néctar del gozo se bebe en la copa de la ambición.

Por desahogar su anhelo, se entregó Francisco a cuantas distracciones brindaba a su edad una villa como Asís. No prendado de mujer alguna, y sobradamente limpio de corazón e idealista para enredar-



se sin amor en torpes lazos (10), prefería al galanteo las bulliciosas juntas de los mancebos sus amigos, con los cuales, en cacerías, en juegos y en festines entretenía el tiempo y gastaba la hacienda. Alegres asambleas, conocidas con el nombre de *corti*, en que se trovaba y endechaba, se promovían certámenes de donaire e ingenio, se celebraban discreciones y se reían gracejos al choque de los vasos rebosando generoso vino, o al acorde de los bien templados laúdes. A deshora y cuando el vecindario de Asís se entregaba al descanso, vagaba por las calles la turba de los compañeros de Francisco, rasgando los aires con tierna serenata o con báquico cantar. De cuantos mozos bizarros se asociaban para divertir sus ocios, era Francisco el más liberal, el más exquisito en la elegancia, el más desenfadado, el más gentil tañedor, el más decidir en la mesa. Así vino a ser jefe y natural capitán de todos ellos. Llamábale la gente flor de los mancebos de Asís: la villa laboriosa, que por sus franquicias mundiales disfrutaba ya las ventajas de la sociedad moderna, mostrábase, no obstante, indulgente con Francisco y amaba al simpático dissipador, ya porque sus arranques de desprendimiento contrastasen con el sórdido y continuo negociar de su padre, ya porque Francisco, en su vivir descuidado, desplecase las cualidades caballerescas que interesan y atraen al pueblo. No blasfemaba satánica y desesperadamente, como Byron en sus orgías, ni profanaba los hogares y derramaba sangre en pendencias y duelos, como nuestros clásicos Burladores: era sencillo, comunicativo, de apacible trato y franco genio. No extrañemos que en sus primeros años mostrase Francisco la amable condición que le distinguió después; porque la gracia no transmuta ni renueva a los que la reciben: tan sólo les ilumina, para que encaminen al bien facultades especiales que ya poseen. No crea la gracia en el individuo una alma distinta de la an-

figua: sólo desarrolla ésta en la dirección más alta, en el sentido más armonioso y perfecto.

Temperamento meridional, ávido de luz, de colores y formas, gustaba Francisco de canciones y músicas, y también de adornos y galas, de estofas peregrinas y soberbias para sus trajes, de cintillos y joyeles ricos, de delicadas randas, de perfumes y de flores. Era el fausto su natural atmósfera, la gentileza exterior cebo de sus ojos, el dinero siervo de sus manos. Andaba la casa paterna algo desavenida con esta conducta del primogénito. Pedro Bernardone veía con enojo—no exento, sin embargo, de cierta pueril vanidad—que su hijo derrochaba con el garbo de un gran señor lo que él, a costa de tantos afanes, atesoraba; Pica, provista de la inagotable indulgencia peculiar de las madres, disculpaba las prodigalidades de Francisco, queriéndole más bien distraído en futilidades, que seco por la codicia. Y lisonjeaba el inocente orgullo maternal mirar al mozo tan gallardo y celebrado y discreto, y pensar en su interior lo que en alta voz y con despecho solía repetir Pedro Bernardone; que más que de linaje de mercaderes, parecía Francisco heredero de un príncipe. Fuese que en la memoria de los habitantes de Asís duraba aún el recuerdo de los hechos singulares acaecidos al nacer Francisco, o que les sedujese el singular atractivo de su persona, todos le querían. En su infancia creían las gentes ver en el fondo de sus pupilas luces extrañas, semejantes a las estrellas que rielan sobre los lagos; y un hombre de Asís, inducto según unos cronistas, letrado según otros, acostumbraba, al pasar Francisco, tender por el suelo su manto, convidando al mancebo a que lo pisase:—"Dios hará con este joven grandes cosas"—decía;—y en señal de veneración se inclinaba y juntaba las manos, alzándolas al cielo.

Para juzgar del rostro y talle de Francisco, en el



tiempo de sus vanidades, es preciso valerse de datos posteriores, reconstruyendo, con ayuda de ellos, su fisonomía en el verdor de la juventud: puesto que las pinturas de su época que le representan—incluso la primitiva, que Giunta Pisano trazó sobre la puerta de la gran sacristía de Asís (11), y que se tiene por fiel y exacta,—corresponden al período en que ya la penitencia, las lágrimas y el fuego interior habían demacrado, espiritualizado y consumido sus carnes. Si nos atenemos al retrato hecho por Giunta, la estatura de Francisco era cumplida, midiendo su cuerpo, conforme a las reglas de proporción anatómica, seis veces la altura de la cabeza; el cuello prolongado, bien puestos los hombros, ancha y desarrollada la bóveda del pecho; las piernas largas, derechas y de forma escultural; los brazos algo demasíadamente cortos; los pies no grandes; las manos de aristocrática delicadeza y pequeñez. La cabeza, y sobre todo, la configuración del cráneo, merecen particular estudio (12). Admira y asombra la región frontal por sus dimensiones y amplitud; y no obstante, esta conformación, que se observa también en los retratos auténticos de Santa Isabel de Hungría, no constituye imperfección: es una forma anormal, pero nada tiene de monstruosa. El cráneo de San Francisco, en su magnitud, está bien configurado; por el vasto espacio de la serena frente, que imprime a la parte superior de la faz cierta candidez infantil, vaga el resplandor de la inteligencia; el pensamiento ilumina el extenso hemisferio, como la candela el vaso de alabastro en que está encerrada. Hacia las sienas, blando hundimiento revela la sumisión de los instintos materiales a facultades más nobles, y hace que empiece a indicarse el diseño oval del rostro. Este se prolonga ascético, como una ojiva invertida; la barba termina en punta; las mejillas se sumen; el ángulo facial es recto y noble; la boca respira candor y benevolencia; la

nariz, levemente aguileña y prolongada, completa la expresión meditabunda del semblante. Los ojos son un portento de santidad. Coronados por cejas de arco suavísimo, sé abren entre párpados frescos, donde no dejaron huella alguna las vigilia, los trabajos y el llanto que escalda; la mirada es transparente y profunda, como el agua que a través de varias capas deja ver un fondo claro y límpido. En conjunto, el rostro de Francisco es dulcemente austero. No puede llamarse hermoso, si aplicamos a la estimación de la belleza criterio clásico y pagano: es una fisonomía más interesante que la de Apolo. Sus líneas incorrectas patentizan el alma, con la misma elocuencia con que las notas de la música encarnan lo inmaterial del sentimiento. Comprendese, por los rasgos del semblante de Francisco, que la lozanía de la carne, la magia del color, el brillo de la juventud, antes debieron ocultar que acrecentar su atractivo. Cuantos vieron a Francisco predicando, convienen en que su piel era cetrina y pegada a los huesos, su cara macilenta, su aspecto mísero; y sin embargo, tal la fuerza de su voz, de su mirar, de su ademán, que irresistiblemente se llevaba tras sí los corazones. El gran pintor cristiano que ha producido España, el que en feliz consorcio supo unir a la sinceridad realista la luz del espiritualismo, Bartolomé Esteban Murillo, interpretó el tipo de Francisco conforme al ideal que nos formamos del santo de Umbria. La figura severa, beatificada ya, de Giunta Pisano, conmueve menos que el cuerpo y el rostro vivos, dotados, al parecer, de calor y movimiento, que tiene San Francisco en los lienzos de Murillo. Ya le represente en extática plegaria, ya cargado con la cruz, ya estrechando en amoroso abrazo a Jesucristo, mientras con el pie huella y rechaza el globo del mundo, San Francisco, en los lienzos murillescos, alienta, respira; percíbense en su exterior las particularidades de su carácter; la fe, la